

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 23 febrero 2011

Texto de referencia: L. Giussani, El sentido religioso, Ediciones Encuentro, Madrid 2008, pp. 17-28.

Liberazione n. 2

You

Empezamos nuestro camino. Retomo el texto “¡Buen camino!” que habéis visto en la página web, el saludo que había dirigido don Giussani hace años, en 1998, al CLU de la Católica que empezaba el trabajo sobre *El sentido religioso*: «Yo no pretendo convencerlos a la fuerza, pero lo que no quiero es que nadie rechace lo que digo sin por lo menos haber leído las razones que aportó». Después hace algunas observaciones sobre el método que son decisivas para nuestro recorrido, observaciones que tenemos que tener siempre presentes a lo largo de todo el camino. «Las ideas y los valores sólo se comprenden si se comprueban en la propia experiencia personal». Es decir: no se entiende reflexionando, sino verificando en la propia experiencia las ideas y los valores. Si no, repetimos lo que hemos escuchado, la ideología se extiende, y así no podremos entender aunque repitamos cosas justas. «Experiencia puede ser incluso un impacto o un sentimiento determinado del que nos demos cuenta, en nosotros mismos, o en la historia de un pueblo o del mundo. La experiencia nos dice cosas que demuestran su verdad [por eso sin experiencia, la verdad no se muestra, no se demuestra, porque la realidad se hace transparente en la experiencia, la verdad se hace palpable en la experiencia]. Para mí, la experiencia [otra vez: es la cuarta vez que usa la palabra experiencia] es lo que enseña el verdadero valor que tienen las ideas y las cosas, al permanecer en el tiempo persuasiva o dubitativamente». Por eso, lo que le preocupa a don Giussani cuando un grupo del CLU empieza este trabajo es subrayar una cosa: la experiencia. ¿Por qué? Porque la experiencia es la que demuestra la verdad de las cosas. La realidad se vuelve transparente en la experiencia. Por eso es decisivo como método. Como éste es el punto central del primer capítulo, no podemos no referirnos a él: «Aprovecho esta ocasión que me habéis brindado para desearos que tengáis frescura, sinceridad [una vez que se hace esta experiencia, la cuestión es esta sinceridad, es decir, someter la razón a la experiencia, lo que se pensaba antes de esa experiencia, si no, no se aprende nada] y un amor a la verdad que podáis compartir. Mi vida ha conocido lo que es la alegría [¡ésta es la promesa que nos interesa!] sólo viviendo así». La promesa es la alegría, disfrutar de la vida. Por eso, si insistimos con nuestras disquisiciones, además de perder el tiempo perdemos la alegría. Dijimos que el trabajo se sintetizaba en dos preguntas: ¿Cuándo habéis hecho experiencia y cuándo habéis sorprendido esta liberación en un juicio (porque juzgar es el comienzo de la liberación)? Empiezo leyendo el testimonio que me ha escrito una persona contando la experiencia que hacía estando con don Giussani: «Yo formo parte de una generación en la que más que la relación entre juicio y liberación se vivía el afán del juicio, es decir, nos empecinábamos en aplicar la doctrina católica. Juzgar era hacer pedazos las ideas que teníamos del cristianismo y echarlas a la realidad, era verdaderamente angustiante. Y además, qué nervios, porque las cosas no cuadraban [también nosotros corremos este riesgo...]. Éste no era el juicio que yo había aprendido de don Gius en los pupitres de la Católica, donde nada era forzado, sino que era la realidad la que se imponía. Me conmovía cómo don Gius seguía estas preguntas, las cuestiones que salían a la luz, las objeciones, y con una libertad impresionante estaba siempre en tensión por que las cosas se mostrasen como son en realidad, por la relación

que tienen conmigo. Allí encontré un modo de juzgar que tenía su fundamento en la realidad. El juicio era el impacto con las cosas que liberaba mi “yo”. Después traicioné este método, y el juicio se convirtió en mi defensa frente a la realidad. Una defensa forzada, nerviosa y fría. Fue la realidad misma la que se reveló como mi horca, a veces de forma dolorosa. Se ha abierto ante mí un camino que conecta con el origen, y ahora tú insistes en esta relación entre juicio y liberación: es un desafío que me interesa porque advierto que, mientras que antes estaba en juego mi deber de permanecer en línea con una idea, ahora soy yo quien está en juego, mi humanidad, la enorme necesidad de Él». Por eso empezamos con la pregunta que me plantearon en un correo: «Me interesa entender qué significa entrar en la realidad arriesgando un juicio y juzgar lo que sucede a partir de la hipótesis de la fe, no para ser mejores o para decir la frase exacta en cada momento [como decía el correo de antes], sino para poder crecer y no perderme nada, y para que el juicio sea la sorpresa y la posibilidad de poder conocerle. Sólo me libera reconocerle a Él obrando». Esta persona introduce una cuestión que ahora debería ser más fácil de juzgar. ¿Por qué tiene que ser más fácil juzgar, llegar a este juicio y experimentar la liberación? Porque cuanto más se despierta el “yo”, más fácil es comparar con lo que tengo delante. Y si lo que encuentro es a Él, la presencia de Cristo, es aún más fácil, porque al ser más excepcional es más fácil reconocerlo. Leyendo este capítulo desde la fe debería ser todavía más fácil juzgar por estos dos motivos. Cada uno puede ver en qué medida ha tenido esta facilidad durante estos quince días por el recorrido que ha hecho en los últimos años, porque cuanto más se ha despertado el “yo” delante de Su presencia imponente, más fácil debería ser, por Su excepcionalidad única. Para empezar a responder leo el correo de una persona que cuenta esta experiencia: «Voy a intentar responder a las preguntas que hiciste en la última Escuela de comunidad contándote una cosa que ha pasado e intentando decirte lo que he aprendido. Hace algunas semanas estaba bastante fastidiado. Fastidiado porque descubro y vuelvo a descubrir que soy limitado. Me pasa a menudo que me desanimo cuando me topo con un límite que conozco bien y me digo: “Siempre lo mismo, no aprendo”. A veces tengo la presunción de pensar que si no tuviese esa debilidad sería todo mucho más fácil, mi adhesión se daría incluso antes, y me encuentro incluso pidiendo como san Pablo: “Quítame esta espina del costado, porque si no la tuviese sería más tuyo”. Nada más reducido. Con este malestar fui a confesarme. Después de decirle al sacerdote mis pecados él me miró y me dijo: “El signo más grande de que Cristo está presente es que tú continúas deseando el bien. Si Él no estuviera, te volverías un cínico, en cambio con Él puedes volver a levantarte y desear continuamente lo que ahora no tienes. Lo que hace que los cristianos sean diferentes de los demás no es su mayor capacidad ética, sino la tensión constante hacia el bien, esto sólo es posible porque Él está”. Este juicio me liberó, no sólo porque me ha rescatado psicológicamente de la tristeza por esta carencia, sino porque me ha obligado a considerar los factores de mi experiencia que, en la niebla, no sabía y no quería ver. En el fondo, me ha obligado a ser yo mismo. Pero lo más interesante llegó después. Inmerso otra vez en la batalla cotidiana, me encontré en una situación parecida a la que he descrito antes: caes y finalmente dices: “No cambiaré nunca”. Sin embargo en ese instante recordé aquel juicio y la forma con la que había sido mirado la semana anterior. En ese momento tenía delante de mí la decisión de dejarme dominar por la reacción y la desilusión por mi pobreza o de volver a ponerme delante de lo que había sucedido y lo que había escuchado a través del signo que era el sacerdote [esto es entrar en la realidad con la hipótesis de la experiencia que ha hecho]. Brotó en mí la oración de san Anselmo, que me repito a menudo y que desde hace algún tiempo se ha hecho mía: “Haz Tú lo que mi corazón no puede hacer, concédemelo, Tú que me haces pedir”. Mi mirada ya no se

centraba en mí sino en Otro, y descubrí en mí, aun dentro de la batalla, de la desilusión, de la tristeza, un atisbo de alegría. Creo que he entendido dos cosas. La primera, que lo que genera la liberación en la experiencia es que suceda un hecho externo, objetivo, imprevisto, que introduzca un modo verdadero de mirarse a sí mismo y a la realidad, según nuestra naturaleza [lo contrario no es conforme a nuestra naturaleza, lo demuestra el malestar o la amargura que deja, es decir, que no me libera]. La segunda, que este acontecimiento de liberación puede impregnar cada vez más el centro de mi “yo”, el modo de concebir y de tratar la realidad en la medida en que se da el paso de una adhesión por tradición a una adhesión por convicción. No es suficiente decir: “Qué bonito, es verdad”, delante de lo que sucede. Lo que a mí me ha sucedido es que el juicio de este sacerdote se ha hecho mío cuando lo he tenido en cuenta en la circunstancia en la que me encontraba y he intentado ver si era capaz de responder al malestar que sentía. Aquí he experimentado que juzgar es el comienzo de la liberación, de la ascesis de la que habla Giussani en la primera premisa». Éste es un ejemplo de cómo cada uno de nosotros puede entrar en la realidad, puede tener esta experiencia de liberación que se produce de forma simultánea. El juicio, la mirada de Jesús a Zaqueo (o del sacerdote a nuestro amigo), es un juicio que introduce una liberación. Tanto es así que Zaqueo lo recibió con alegría. No hace falta hacer no sé qué, se trataba de un juicio que correspondía de tal forma a su exigencia que experimentó la liberación. Y cuanto más excepcional es la presencia que me mira, más fácil es este juicio que me libera. No es necesario hacer esfuerzos titánicos: es simplemente un reconocimiento, que es el culmen de este juicio que debe volverse cotidiano en la relación con todo, porque así es como todo sirve.

Entonces, ¿cuándo hemos sorprendido en nosotros esta experiencia de un juicio que nos libera? Adelante.

La escuela pasada, cuando nos lanzaste esta provocación, es decir, la de verificar cuándo hemos hecho experiencia de liberación en un juicio, inmediatamente vinieron a mi memoria hechos concretos en los que había sucedido esto; pongo uno de estos ejemplos. Hace algunas semanas me escribió una amiga diciendo que estaba preocupada por un amigo que tenemos en común, el cual había dicho que no estaba bien porque se sentía solo. Esta persona ha vivido un drama personal, y la necesidad de afrontar las mil exigencias familiares junto a un trabajo intenso, le habían impedido ir a ver a los amigos. En seguida la preocupación de mi amiga me invadió a mí también, pero por una serie de razones prácticas – la distancia física, el cuidado de los hijos de este amigo, todo ello unido a la sensación de tener que levantar yo su moral – me vi impotente y sin ánimo, sin ninguna iniciativa, como si estuviera enjaulado. Pero este mismo amigo intervino en una Escuela de comunidad y contó que una amiga suya le había hecho notar con qué adoración le miraba su hija mayor, y que dos días después, mientras le ayudaba a hacer los deberes, le dijo: “Papá, te quiero mucho”. Cuando le oí contarle me conmoví, como si esa niña me lo hubiera dicho a mí, pero era Jesús quien me lo estaba diciendo, y en seguida mi corazón se conmovió al recordar la ternura con la que yo había sido mirado. En ese momento entendí, o mejor dicho, recordé que mi amigo, con toda su necesidad, ya era preferido y amado, al igual que yo, y por lo tanto la única posibilidad para mí de hacerle compañía de verdad es en razón de una sobreabundancia de gratitud por la ternura que he recibido. Y dentro de este nuevo juicio que emergía, me sentí de pronto liberado.

Gracias.

Don Giussani dice que una de las cosas más importantes es el deseo de felicidad del hombre. Mi mayor deseo es que mi mujer sea feliz, y mi sentido religioso se “limita” a dar gracias a Dios cada día por habérmela dado, dándome todo lo que mi corazón desea y respondiendo así a mi deseo humano. Mi pregunta es: para usted, don Julián Carrón, que sabe más que yo de Dios, ¿es también lo mismo? Porque si no lo es, o me tengo que inventar otro deseo o tengo que fingir que éste no es el verdadero. Gracias.
El deseo es sólo uno, el que el Misterio nos pone dentro. La cuestión es encontrar algo que corresponda.

Quería contar una cosa y después hacer una pregunta. En Navidad descubrí que a un antiguo compañero de la empresa donde trabajaba le habían echado. Le llamé para felicitarle la Navidad y preguntarle si necesitaba ayuda, diciéndole que yo no tenía posibilidad de trabajo para él porque prácticamente no teníamos producción (él es Director de Producción). Le propuse que nos viésemos de todas formas. Le pregunté cómo estaba su familia y me dijo que seis meses después de que yo me fuese, su hijo, que parecía que se había curado del todo de una enfermedad grave, había vuelto a enfermar y había muerto. También en ese período su mujer enfermó, y se salvó por poco. Me dijo que fueron momentos horribles y meses enteros yendo y viniendo del hospital. Esta situación le cambió la vida, y probablemente haya sido también el origen de los problemas que han ocasionado su despido. Yo estaba preparado para hablar del trabajo, pero no para hacerlo en una situación como ésta. Sinceramente, estuve en silencio durante un minuto largo, no sabía qué decir. En ese momento tuve una profunda sensación de injusticia, y por lo tanto de no-cumplimiento por lo que me había contado. No conseguí hacer un juicio en esa circunstancia.

¿Por qué tuviste esta sensación de injusticia? Explícalo.

Una sensación de injusticia porque lo que le había pasado era, a mi modo de ver, una circunstancia demasiado contradictoria. Me pareció que no podía hacer nada más verdadero que hablarle sobre mí, sobre este último tiempo. Al final le propuse venir a trabajar con nosotros durante un tiempo, que nos echase una mano mientras buscaba un trabajo. Ahora todavía está conmigo, está muy contento, no sé si se podrá quedar o no porque las circunstancias son las que son. Mi pregunta es ésta. Yo experimenté la liberación al hablarle sobre mí y sobre todo al proponerle hacer un camino juntos, y no al intentar hacer un juicio sobre lo que le había pasado con la muerte de su hijo, porque literalmente no era capaz. Me ha pasado más veces esto mismo delante de circunstancias también contradictorias; entonces, mi pregunta es: en última instancia, ¿es esto huir del juicio de la pertinencia de la realidad tal y como sucede?

Lo que no entiendo es qué experiencia de juicio y de liberación has hecho. Tenemos que contar hechos donde hayamos hecho experiencia de juicio de forma simultánea a la liberación. ¿Veis cómo nos cuesta? Primer capítulo de *El sentido religioso...*

Yo tengo una pregunta sobre esta dificultad. Sobre la invitación que nos has hecho, se están dando entre otras cosas muchas conversaciones sobre lo que está pasando en Italia, la situación política de nuestro país, a raíz también del editorial que salió en Huellas, con la intención de tomarnos en serio esta situación. Ha habido diferentes reacciones y la gente se ha puesto en una posición más o menos crítica. Me ha impresionado cómo, discutiendo con algunos amigos, se veían diferentes opiniones. Yo también me he posicionado, y siempre que discutíamos intentaba entender mejor por qué una postura era más justa que otra. Además me impresionó, leyendo la Escuela, la insistencia que hace don Giussani acerca del riesgo de la alienación junto a la

importancia de un trabajo sobre nosotros mismos que parta de las exigencias personales, lo que dice de la ascesis. Porque he visto este riesgo...

O me cuentas un hecho donde has hecho un juicio o te sientas, ¿entiendes?

Pero mi pregunta es sobre una dificultad.

Entonces explica cuál es la dificultad.

La dificultad es que existe el riesgo de permanecer siempre en el mismo sitio.

Siempre podemos correr riesgos, pero no superamos la dificultad que dices si no haces una experiencia positiva de qué es el juicio y por qué te libera. ¿De qué te sirve que te explique todos los riesgos? Tú sabes perfectamente cuáles son. Tenemos que ayudarnos a dar testimonio de cómo ha sucedido lo que dice aquí, es decir, que el juicio es una liberación. ¿Hay alguien que tenga algo que contar sobre esto? Me dirijo a todos, porque es imposible que en quince días hayáis vivido y no hayáis juzgado nada. Si no hemos juzgado nada, ¡estamos apañados!

Una noche cometí un error con mi mujer. Discutimos, pero ella tenía razón. Al día siguiente no podía dejar de pensar en mi equivocación, y sentía una dificultad y un dolor enorme. Sólo veía que no era capaz de ir más allá, que no tenía la capacidad de superar esto yo solo. También veía que ella no estaba bien, y eso me hacía daño. Más tarde, mi mujer vino a verme a la hora de la comida. Hablamos un poco, ella intentó entender cómo iba la cuestión, y después, por la noche, volvimos a vernos en la cena. Me dijo: «Podemos rezar para que el Señor nos ayude a no dar por descontado nuestro matrimonio, es decir, no dar por descontado que tú y yo estamos aquí, que entendamos qué importancia tiene para nuestra vida el estar juntos. Yo veo que este episodio que nunca habría querido que sucediese, nos puede ayudar en cambio a ir al fondo de nuestra relación». Fui objeto de una mirada que miraba precisamente lo que yo había hecho, lo juzgaba, pero lo dejaba a un lado y decía: «Yo quiero estar contigo». Es decir, me ha restituido a mí mismo. Lo único que he hecho es recibir esta mirada, no podía hacer nada para tenerla, pero aún así se me ha dado. Este gesto, esta mirada, este abrazo han sido para mí una liberación porque he vuelto a ser consciente del valor que tengo. No quiero decir frases muy grandilocuentes, pero es como si todo esto hubiese vuelto a poner en su sitio mi error, como si hubiera hecho salir a la luz todo lo que yo quiero, es decir, quererme a mí mismo, querer a mi mujer, que ella esté contenta. Cuando miro esto veo que no viene ni de ella, ni de mí ni de la suma de nuestras capacidades, sino que es un fruto del sacramento del matrimonio por el que uno es signo para la otra persona de algo más que llega y nos libera. La mirada de liberación se ha visto muy clara.

Entonces, sintéticamente, ¿qué experiencia has hecho? La experiencia de una mirada, la de ella, que llevaba consigo un juicio porque correspondía a lo que tú esperabas, a lo que tu corazón deseaba, que se llama liberación.

Sí.

Y el error es lo contrario de esto, ¿entiendes? Es un juicio, porque en un caso has hecho experiencia de la no-correspondencia y en el otro has hecho experiencia de correspondencia. Es decir, has hecho experiencia y has juzgado esto mismo en las dos ocasiones. Gracias.

El fin de semana pasado volví a mi ciudad de origen después de muchos años y me encontré delante del colegio al que iba antes de tener mi encuentro. Si digo la verdad, es una fase de mi vida que no he vuelto a mirar. En un momento dado miré el colegio, y en seguida me vino a la cabeza la imagen que yo tenía, pero rápidamente, la realidad, lo que es ahora, sustituyó a mi imagen, y el juicio que hice fue que durante muchos

años me he aferrado a una imagen que me había hecho pensando en cómo debería haber sido la realidad aquí, y durante muchos años me he mantenido pegada a esta imagen, no he mirado la realidad y no me he dado cuenta de que el Señor era contemporáneo y venía a mi encuentro a través de las circunstancias que me daba. Ahora es como si esta imagen se hubiera caído y yo me doy cuenta de cómo es la realidad, me he encontrado a mí misma, lo que yo soy, y lo que puedo decir es que la única explicación de por qué me ha sucedido esto es: «Tú, Tú me has conducido, me has tomado, me has traído hasta aquí y ahora Te vuelves a hacer presente y me tocas, haces que vuelva a ver la realidad». No lo sé decir de otra forma, pero es una experiencia de liberación en la que he entendido que el juicio es un acontecimiento, no es sólo una palabra, es una palabra que describe el hecho que está sucediendo.

Me escribe una persona: «Retomando los apuntes de la última Escuela de comunidad, en un momento dado, como sucede a menudo, se desató en mí una gran confusión. Me daba la impresión de que no entendía nada a pesar de llevar tantos años perteneciendo al movimiento. Era como si entendiese sólo de forma intelectual, pero sin entender ni la importancia ni las consecuencias que esas palabras tenían en la vida. Seguí leyendo y llegué a un punto que decía: “Con el encuentro se nos ha dado la certeza de que sólo Él cumple la vida, y esto está, [...] ¡pero si no se hace contemporáneo no nos cambia!”, y me dije: “¿Cómo puedo recordar esta contemporaneidad?”, sin leer y comprender la frase siguiente: “Y ésta es una gracia que pedimos y que, a nuestro pesar, sucede cuando menos te lo esperas”. Justo en ese momento me llegó un mensaje que decía que dos viejos amigos de mi comunidad de origen habían enfermado gravemente, y me pedían que rezara por ellos. Entendí inmediatamente que era Cristo, que se volvía a hacer presente en mi vida. Era una coincidencia increíble. Poco después cogí el teléfono y les llamé, y lo hice con un poco de miedo: ¿Cómo puedo yo, que estoy sano, hablarle a una persona tan enferma? Incluso en esta ocasión me sorprendí porque mi amigo, mostrando una serenidad excepcional, me dijo: “No te preocupes, si el Señor ha decidido que me quiere con Él quiere decir que desde allí arriba me reiré de todos los que estáis todavía aquí con vuestros problemas. Todo lo que decide el Señor está bien, porque no se equivoca nunca”. Cuando terminó la llamada casi me eché a llorar, porque justo en el momento en el que más confuso estaba y más deseaba entender [entender existencialmente, no intelectualmente], Cristo presente me aferró a través de una circunstancia, y una circunstancia que no era agradable. La certeza de que era Cristo vino dada por los rasgos inconfundibles, indecibles, que solamente el corazón sabe descifrar. De este modo se ha dado lo que decías justo después: que sin que vuelva a suceder el Acontecimiento no se despierta el “yo” y no se entiende nada [es decir, se da la liberación]». Si puede suceder en una circunstancia como ésta, la cuestión es: ¿De qué forma sucede esto constantemente en la vida? Estamos viendo cómo nos cuesta hacer esto. Me parece que lo que está pasando esta noche es un ejemplo de lo que nos cuesta hacer experiencia de algo. Es el primer capítulo de *El sentido religioso*, ¿entendéis? Después del camino del año pasado, o hacemos el trabajo que nos propone don Giussani (esta ascesis para liberarnos), o si no, es imposible. La liberación no se da sólo cuando yo me encuentro con Cristo, sino también en la manera de afrontar todo. Cuando una persona está preocupada porque no sabe si tiene una enfermedad y se hace todas las pruebas, el juicio que supone que no está enfermo es una liberación; el juicio es una liberación, antes estaba preocupado. Giussani dice que sólo se está preocupado cuando no se hace un juicio, y que uno se siente liberado cuando lo hace. La cuestión es que nosotros muchas veces vivimos agitados, sobre arenas movedizas, porque si no se llega a juzgar, si juzgar no se convierte en algo familiar, siempre habrá confusión. O si no –y ésta es la segunda tentación– nos quedamos esperando que alguien, al margen de

la experiencia, nos confirme o nos diga lo que no hemos encontrado como confirmación de la experiencia. ¡Así no podemos crecer como adultos, porque siempre necesitaremos un suplemento de certeza que no encontramos en la experiencia! Juan y Andrés no tuvieron la necesidad de pedir a alguien al margen de su experiencia que les diese este suplemento. La certeza está dentro de la experiencia del juicio, por eso lo que nos libera es un juicio. Amigos, si no hacemos este recorrido, nos quedaremos siempre en el “a lo mejor”, en el pantano. Y así es difícil construir la vida. En cambio, deberían ser piedras sobre las que construir, incluso cuando nos equivocamos; porque cuando uno se equivoca, si lo reconoce, si hace un juicio, incluso eso es un paso hacia la verdad: no es esto lo que me corresponde, sino otra cosa. No siempre nos encontramos con la respuesta correcta, no importa; para mí lo decisivo ha sido que, cuando empecé a hacer este trabajo, todo lo que me pasaba, aunque me equivocase, era un camino hacia la verdad: el camino a la verdad es una experiencia. ¿Cuántas veces nos ha pasado estudiando matemáticas, que un error se ha convertido en decisivo para no volver a olvidarse de algo? Esto ha sido parte del camino hacia la certeza sobre las matemáticas, porque hemos aprendido algo para siempre. El problema es que cuando juzgo y me doy cuenta, incluso cuando me equivoco estoy dando un paso. Por eso es imposible que, si vivimos como personas, hoy no tengamos al menos quince experiencias de esto... Quiere decir que nos queda todavía mucho trabajo por hacer.

Intento contar una experiencia muy sencilla. Me parece que tú hoy has distinguido la experiencia cotidiana de la experiencia del encuentro con Cristo.

Lo que quería decir es que no sucede sólo cuando hago experiencia de la correspondencia con Cristo, sino que puedo hacer un juicio en cualquier circunstancia. Porque muchas veces en la vida estamos como bloqueados, porque no juzgamos las cosas normales.

Lo que quiero contar es un hecho que, por así decirlo, es bastante banal en sí mismo, pero se ha vuelto significativo después de escucharte hablar en un encuentro de universitarios, en el que te oí hablar de la realidad de una forma que me conmovió y me abrió la mente en el sentido de que –perdona si empobrezco un poco lo que dijiste en el encuentro– me parecía como si hubieras percibido un punto de debilidad en nosotros cuando pensamos que las cosas concretas son las que inciden en las consecuencias, mientras que, mirando de forma verdadera nuestra experiencia, lo que es de verdad concreto es lo que nos mueve y nos permite llegar hasta las consecuencias. En fin, el hecho es éste. En estas últimas semanas me he encontrado en medio del trabajo de la reforma universitaria, la que provocó tanta confusión, tanto ruido en otoño, y es algo que no me gusta hacer. Después de haber evitado durante veinte años de honrado servicio a la Universidad este tipo de tareas administrativas, esta vez estaba en una situación en la que no podía decir que no. La antipatía que sentía hacia este tipo de trabajo se confirmó después de la primera reunión: el programa es muy agobiante, me esperan meses en los que cada lunes por la tarde tenemos reuniones de cinco o seis horas, reuniones que no llegan a ninguna conclusión, pero sobre todo tengo la horrible sensación de que esta revolución aparentemente grande, o al menos así es como la presentan los periódicos, al final dará como fruto algo muy pequeño, porque la impresión que tienen todos es que se mantendrá el plan actual. Así que una tarde le pedí ayuda a un experto que está con nosotros y que entiende de estas cosas, nos juntamos con algunos chavales para discutir un poco y entender algo de este tema tan complejo. Lo que para mí fue más significativo del encuentro fue que con estos chicos, en ese momento, en esa tarde, pero también los días siguientes, al ser un trabajo que continúa, se percibía una claridad de juicio sobre las dificultades que nos esperaban

que es el comienzo de una forma de obrar interesante y, me atrevería a decir, incluso a veces agradable. Para mí esto es algo completamente nuevo y correspondiente. Tengo la impresión de que ese hecho, ese juicio que hiciste de qué es concreto y qué es abstracto, tiene que ver con la posibilidad de experimentar un gusto en el trabajo que, aparentemente, no produce ninguna satisfacción. El juicio: «Mirad, lo concreto no es lo que parte de las consecuencias, sino lo que mueve al “yo”», corrige sobre todo mi percepción de la realidad, porque muchas veces la percibo de forma muy pobre y engañosa, es decir, una forma de mirar la realidad llena de pragmatismo, que es la antecámara del escepticismo, porque es reducir la realidad a apariencia, y al final sólo puede desilusionar. Ser consciente de lo que es real, concreto, me ha liberado de forma casi paradójica, de modo que puedo estar ante estas últimas consecuencias prácticas con toda la energía de la que soy capaz, con esa posición tranquila que nos indicaste en la presentación en el Palasharp.

¿Qué es lo real? Es lo que pone en movimiento la potencia del “yo”. Esto es lo que nos permite estar delante de lo que tenemos que afrontar. Si nosotros, en cambio, reducimos la realidad a sus consecuencias, al final éstas nos ahogan.

Hace poco estuvimos con un grupo de abogados que se dedican al derecho de familia y con dos magistrados (ya para empezar, no es fácil que abogados y magistrados consigan trabajar juntos...) y estuvimos leyendo una intervención que hiciste sobre la familia (Julián Carrón, La transmisión de la fe en la familia, Valencia, 4-7 julio 2006) o, aún mejor, la lectura que tú habías hecho pública sobre la dinámica del sentido religioso en el interior de la experiencia amorosa y cómo, si no está bien plateada, lleva al fracaso de la relación amorosa, y por lo tanto del matrimonio. Este trabajo nació de una exigencia de hablar sobre el origen de lo que es la intolerabilidad que después lleva a la separación, porque el sector del que nos ocupamos es muy delicado. Nadie habla sobre el origen de la intolerabilidad, y por eso, cuando cayó en nuestras manos este texto que escribiste y que es de una inteligencia lucidísima, nos quedamos impresionados de que dijeras que el origen de las dificultades en la pareja nacen del hecho que el hombre ha perdido el sentido de sí mismo, es decir, el hombre ya no se hace la pregunta fundamental.

Si no se tiene conciencia de las exigencias y de las evidencias elementales del hombre no se entiende cuál es el criterio de juicio.

Esto provoca que en la dinámica de las relaciones surjan las pretensiones, porque pienso que tú puedes satisfacer mi felicidad, es decir, lo que soy yo. Y es evidente que por naturaleza esto es imposible, porque tú eres un ser limitado al igual que yo, sería como tener la pretensión de decir que yo puedo ser tu felicidad, es una locura. Pero si en las relaciones de pareja se pierde el origen, que es la pregunta fundamental sobre el hombre, surgen expectativas que terminan necesariamente en desilusión, te desilusionan necesariamente, y al final te obligan a decir: «Tú ya no me correspondes, por tanto cambio a la persona que tengo a mi lado». De este modo se activa el mecanismo de la destrucción de las familias.

Todo por no haber hecho ni siquiera un intento de juzgar, porque todo se basa en una verdad aparente que el tiempo demuestra que no era verdad. Al no haber entendido cuál es la exigencia elemental del hombre, yo espero que la otra persona me corresponda. Y esto genera una pretensión que es el origen de toda la violencia. ¿Por qué todo esto? Simplemente porque no hacemos un juicio, porque si lo hiciésemos, en seguida entenderíamos que no puedo pretender de la otra persona algo que no me puede dar, y es entonces cuando se abriría la senda hacia un intento de solución adecuada a la naturaleza del otro. Porque, en caso contrario, “masacro” a la otra persona en nombre de

mi amor por ella. La falta de juicio lleva a consecuencias nefastas. Éste es un ejemplo entre los muchos que se pueden poner de la vida cotidiana, de cómo la ausencia de la verdad nos lleva a muchas de las dificultades que tenemos en nuestra vida. Esto nos interesa. Giussani dice que empieza a estar liberado gracias al juicio («La otra persona no es capaz de responder a todo mi deseo de felicidad, y por lo tanto no puedo echarle la culpa»).

Pero esto es una verdadera tragedia, porque las familias saltan por esto, las relaciones saltan por esto, lo vemos en nuestro trabajo.

Sería suficiente con juzgar según lo que decimos aquí. Esto nos parece abstracto con respecto al problema concreto, que sería la otra persona: «La verdad de mi “yo” es abstracta, la persona que despierta en mí el deseo de bien es concreta». En cambio, tu “yo” es la cosa más concreta, porque está detrás de toda la pretensión y la expectativa que la otra persona no puede cumplir.

Bueno, esto es lo que sucedió. Cuando terminamos de leerlo, una compañera, que es una mujer hecha y derecha, no una chiquilla, con una experiencia familiar muy complicada, separada y con una hija, dijo de pronto: «Para mí esto es como un puñetazo en el estómago, antes que un instrumento que pueda utilizar para intentar hacer un juicio al ayudar a mis clientes. Lo que dice aquí es la razón de todas las equivocaciones de mi vida». Hace dos días me la encontré por casualidad, una cosa rápida, un par de tonterías en dos minutos, y le dije: «Entonces, ¿qué has pensado de lo que leímos el otro día? Me he acordado mucho de ti por la reacción que tuviste». Y ella me dijo: «No te haces una idea de cuántas veces he leído y releído el artículo [y por lo tanto el juicio que haces], porque lo que dice no lo había escuchado nunca». Y volvió a decirme: «Ésta es la razón por la que todo ha ido mal en mi vida. Tú conoces mi temperamento. He repartido el artículo entre mis amigos invitándoles a que se lo leyeran, y ha sido un caos, porque han empezado a llamarme todos y a decirme: “Pero, ¿dónde has encontrado esto? Nunca habíamos leído una cosa igual”».

¿Qué he hecho yo? ¿Soy un experto en el matrimonio? No, he leído *El sentido religioso*. ¿Os dais cuenta del potencial que don Gius nos ha dejado entre manos? Yo no he hecho ningún curso sobre el matrimonio para hacer esto, simplemente he juzgado a partir de la experiencia que describe aquí. Ésta es la inteligencia de la fe que se convierte en inteligencia de la realidad. Y cuando una persona la encuentra, se llena de sorpresa. Podemos ofrecer una contribución en cada cosa si hacemos este camino, porque se convierte en un juicio cultural, una forma de estar en la realidad a partir de una experiencia sobre la que se ha hecho un juicio.

Me dijo: «Fui al lago hace dos días con una amiga. Nos sentamos en un banco y lo leímos juntas [ésta es una periodista conocida con una historia muy complicada, separada y con hijos, pero con una gran cabeza]. Terminé de leerlo y ella se quedó sorprendida, y dijo también: “Nunca había leído una cosa así, ¿dónde lo has encontrado?”». Dos días después le llamó y le dijo: «Mira, lo he vuelto a leer varias veces, el fragmento que habla del signo [porque más adelante explicas la verdadera naturaleza de la relación, que es el signo, y ella se quedó con este fragmento, me ha dejado sin palabras] habría que repartirlo en las plazas». Después le llamó otro amigo suyo diciéndole prácticamente lo mismo. Éste es por lo tanto un ejemplo de lo que es la experiencia en acto con un juicio que se usa para leer la realidad. Esto también es pertinente en las circunstancias concretas, no es para nada abstracto.

Es así. Ésta es la promesa. Como decía don Giussani: «Mi vida ha conocido lo que es la alegría sólo viviendo así», con esta capacidad para juzgar. Esto es para nosotros. Si hacemos este camino, también nosotros podremos disfrutar de esta alegría.

Para la próxima vez hago la misma pregunta sobre la razón. No pensemos que ya hemos resuelto la cuestión de la experiencia, la dejamos abierta porque, como habéis podido comprobar, el examen no ha salido muy bien. Lo digo porque si alguno hace experiencia esta semana y la siguiente nos ayuda, puede intervenir. La cuestión es que ahora el segundo gran capítulo es la razonabilidad, y la pregunta entonces es: ¿Cuándo hemos sorprendido en nosotros un uso verdadero de la razón, es decir, como conciencia de la realidad teniendo en cuenta todos los factores? Y, ¿cuándo hemos percibido la razonabilidad a la hora de actuar? Son dos cosas que tienen que ver pero que son distintas. Por eso os pido que trabajéis intensamente el texto, porque si leemos el capítulo con la urgencia de percibir en la experiencia lo que don Giussani nos testimonia, entonces es distinto. Si hubiera preguntado qué es la experiencia, creo que todos habríais respondido correctamente; pero testimoniar haber hecho experiencia es diferente, como hemos podido ver.

La próxima Escuela de comunidad será el miércoles **9 marzo** a las 21.30 sobre el segundo capítulo “Razonabilidad” (de pág. 29 a pág. 41).

El libro del mes es un instrumento sencillo que nos damos para educarnos en la lectura, y es otro modo de encontrar, a través de la riqueza expresiva, el testimonio de personas que se toman en serio el camino hacia el destino de su propia vida.

Un ejemplo de esto es el libro del mes de *marzo*, que es: *Luz del mundo*. Una conversación entre Benedicto XVI y Peter Seewald (Editorial Herder).

Como escribe Prades presentando el libro en el *Huellas* de este mes: «Lo primero que se impone en el libro, antes de cualquier palabra, es la presencia misma del Papa, su humanidad». En el libro se refleja el testimonio de un hombre que no tiene miedo de nada y no tiene necesidad de defender nada, sino que, partiendo de la fe, se interesa por todo y en cada pregunta busca la verdad.

Ejercicios Fraternidad / Beatificación Juan Pablo II

Muchas personas están llamando a la Secretaría para pedir noticias detalladas sobre la beatificación, y por eso están esperando para inscribirse a los Ejercicios de la Fraternidad. El hecho de que hayan coincidido la beatificación y los Ejercicios no puede ser una razón para no ir a estos últimos, faltaría más, si no, ¿qué sentido tendría?

La celebración tendrá lugar en la plaza de San Pedro en Roma, y empezará a las 10.00. Para participar no se pide ninguna entrada. Habrá pantallas en otros puntos de la ciudad, que se indicarán junto con las indicaciones de las áreas destinadas al aparcamiento para autobuses y coches.

Por ahora no hay más noticias.

Por eso no esperéis a inscribiros a los Ejercicios pensando que vais a tener más noticias, porque llegarán mucho después de la fecha límite para apuntarse a los Ejercicios de la Fraternidad, que es el 14 de marzo. Por eso os pido que no dejéis pasar las cosas sin tomar una decisión.

Ahora rezamos.

Gloria